

UN MODELO DE UNIVERSIDAD

Por Ruy Pérez Tamayo

*R*ecientemente participé en la Facultad de Filosofía de nuestra UNAM en una mesa redonda con el mismo tema de estas líneas. Anticipando una discusión de elevado calibre, preparé el siguiente texto, que finalmente no leí porque mis compañeros en la mesa mencionada, que no era redonda sino rectangular, se extendieron tanto que yo preferí optar por una brevedad casi sibilina. Sin embargo, como trato algunos conceptos que me parecen relevantes para el gran Congreso Universitario que se avecina, me atrevo a publicar estas notas. Lo anterior explica su carácter de charla informal, por el que no pido disculpas.

I

En esta participación voy a referirme primero a las funciones que, en mi opinión, le corresponde desempeñar a una universidad, y después voy a derivar de ellas el modelo de universidad que necesita México. Dada la brevedad del tiempo asignado a las presentaciones individuales, y porque creo que la parte más útil y enriquecedora de este tipo de intercambios es la discusión, voy a conservar un enfoque general y esquemático.

Siempre que nos preguntamos cuáles son las funciones de una universidad surge el cansado *cliché* tripartita, que dice "la investigación, la docencia y la difusión de la cultura". Aceptando por el momento que este enunciado, que coincide con el texto del artículo 1 de la Ley Orgánica de la UNAM, es válido (aunque volveré a él para alegar que no sólo es incompleto sino hasta pernicioso, en parte por lo que dice y en parte por lo que calla), empiezo por señalar que históricamente las universidades del mundo occidental han desempeñado muchas otras funciones, y que la nuestra no ha sido, ni es hoy, excepción a tal regla. Desde luego, las primeras universidades, surgidas en Italia y en Francia en los siglos 13 y 14, limitaban sus funciones a sólo una de las tres mencionadas, la docencia. Durante siglos no sólo no hicieron investigación sino que se opusieron a ella de manera absoluta y no pocas veces violenta, en vista de que iba en contra del principio de autoridad, en el que basaban su estructura y hasta su existencia misma. En cambio, eran instituciones de docencia, o más bien de entrenamiento (*no* de educación) y su producto era un graduado que podía recitar *verbatim* textos y comentarios clásicos de gramática, retórica, teología, geometría y otras materias igualmente teóricas. Además, como se trataba de grupos cerrados (las universidades eran grupos de estudiantes

organizados a la manera de sociedades mutualistas o sindicatos, mientras que los *colegios* estaban formados con el mismo espíritu de exclusión de los no iniciados pero por los profesores), la difusión de la cultura, o algo parecido, no existía. Las primeras universidades fueron núcleos de alumnos y maestros dedicados a conservar la tradición clásica, totalmente aislados de la sociedad en que vivían y de la que disfrutaban, pero a la que no sólo no servían sino que además explotaban. Algunos estudiantes universitarios medievales eran pobres y la pasaban muy mal, pero la mayoría pertenecían a familias ricas y llegaban a Bologna o a París acompañados de sus sirvientes, con los que compartían casa, aula y taberna. Recordemos a Pantagruel, cuando viajó a París como estudiante de su famosa universidad, y la majestuosa carta que le escribió su padre Gargantúa, preocupado por los peligros que entonces eran la regla para los jóvenes en la Ciudad Luz (y que hoy lo siguen siendo).

II

Las universidades del mundo occidental iniciaron su metamorfosis de instituciones medievales en estructuras modernas durante el siglo 18, otra vez en Italia. Como modelo puede mencionarse a la universidad de Padua, donde enseñaron Galileo, Morgagni y Vesalio, y donde estudió Harvey. Sin alterar su función docente, las universidades se transformaron en sitios favorables para la generación de nuevos conocimientos, se convirtieron en centros de investigación, culminando con el extraordinario desarrollo de la ciencia en las universidades alemanas, en la segunda mitad del siglo 19. Fue precisamente en esa época que se inauguró la tercera función universitaria (la "difusión de la cultura"), al principio tímidamente, en forma de ciclos de conferencias sobre temas científicos abiertas al público en general. Aquí debe recordarse que los ingleses desarrollaron este tipo de difusión cultural en forma admirable, gracias a que en la época victoriana se pusieron de moda las "ciencias naturales", y a que científicos de la talla de John Tyndall y Thomas Huxley se interesaron en divulgar lo que estaban haciendo en sus laboratorios.

Así llegamos a nuestro siglo, con universidades ya tradicionalmente encargadas de investigar, enseñar y difundir el conocimiento y la cultura. Pero nuestro siglo no ha sido simple repetición del anterior, sino que ha traído innovaciones ines-

peradas que han influido no sólo en la estructura sino en la esencia misma de la universidad. En 1910, gracias a la influencia de don Justo Sierra, se reinaugura nuestra universidad, siguiendo un modelo fundamentalmente europeo y, mejor aún, esencialmente francés. Pero México ya tenía entonces otro destino, que muy pronto se desbordó en la tremenda convulsión política y social que conocemos como la Revolución, movimiento que duró muchos años y costó muchas vidas, pero que los verdaderos revolucionarios perdieron, en vista de que no lograron cambiar la estructura económico-política del país. Sin embargo, en 1929 nuestra universidad logra una de las conquistas *verdaderamente* revolucionarias del pueblo mexicano: su autonomía. A partir de ese momento, la Universidad Nacional de México se transforma en la Universidad Nacional *Autónoma* de México. El triunfo es genuino y exhilarante, pero no deja de poseer un triste carácter pírrico: la UNAM es casi la única universidad mexicana *realmente* autónoma, hasta donde esta palabra puede estirarse en nuestro país, que es la garantía de elegir libremente a nuestras autoridades académicas y administrativas en función de intereses puramente universitarios. Casi todas las otras universidades pertenecientes al sector público de México están sometidas al poder político central y hasta estatal, que controlan el presupuesto asignado a cada una de ellas y el nombramiento de sus autoridades.

III

En nuestro continente, este siglo ha sido pródigo en diferentes modelos de universidades. Sólo mencionaré genéricamente tres, que me ha tocado conocer en persona:

1. El modelo *primermundista*, caracterizado por ser una institución privada, con excelentes instalaciones, bibliotecas maravillosas (casi borgianas), una pléyade de profesores e investigadores del más alto nivel, exámenes de admisión terriblemente difíciles y exigencias casi inhumanas de trabajo y aprendizaje a los alumnos. En este modelo se cumple religiosamente con las famosas tres funciones de la universidad (investigación, docencia y difusión de la cultura), alcanzando en ellas niveles de excelencia reconocidos en todo el mundo. Al mismo tiempo, y como consecuencia de esto último, la universidad agrega un elemento de prestigio especial, de clase privilegiada, a todos sus miembros, empleados administrativos, alumnos y profesores. No es de extrañar que una elevada proporción de estos últimos ocupan puestos directivos y/o prominentes en las esferas política, económica, social, artística, científica, intelectual o académica. Este modelo de universidad es triplemente elitista, dado que selecciona a sus profesores entre los mejores especialistas del país y del mundo, selecciona a sus alumnos rigurosamente y sólo permite ingresar a los de más alta promesa, y solamente gradúa a los que cumplen con sus estrictos requerimientos. (Yo he sido y sigo siendo profesor de una de estas universidades, la de Harvard, en Boston, EUA, y de varias otras que se ajustan, más o menos, al modelo descrito.)

2. El modelo *segundomundista*, que es casi idéntico al que acabo de describir, si no fuera porque no se trata de una ins-

titución privada sino de una dependencia del Estado. Sin embargo, todo lo demás es prácticamente igual a lo ya mencionado: tiene magnífica planta física, sus profesores, artistas e investigadores son la crema de los intelectuales del país, la selección de los alumnos es todavía más rigurosa y exigente que en el modelo primermundista, y sus egresados constituyen una clase privilegiada en esas sociedades sin clases. Este modelo de universidad es también triplemente elitista, pero en su caso el elitismo se nota todavía más, en vista de que se opone flagrantemente a la demagogia política oficial, que proclama (como todos sabemos) la igualdad de clases. Aquí confieso no conocer personalmente, mas que de manera muy superficial, un par de ejemplos de este modelo de universidad. El que tuve oportunidad de examinar más de cerca fue el de la Universidad de La Habana, hace ya casi 30 años (yo conocí personalmente a Gagarín) y posteriormente la volví a visitar, hace unos cinco años. Mi impresión es que las decisiones se toman siguiendo la línea del partido, por encima de lo que indique o sugiera la realidad. Lo que falta en estas universidades es el espíritu crítico de la universidad, su función objetivamente analítica de la sociedad en la que están incrustadas y de las que se derivan.

3. La tentación de llamar a mi tercer modelo de universidad *tercermundista* es grande, y creo que voy a rendirme a ella, a pesar de que tengo conciencia de estar incluyendo en ese modelo a una variedad terriblemente heterogénea de entidades académicas. Debo agregar que no sólo he conocido varios ejemplos distintos de este modelo, sino que nuestra propia UNAM, que ha sido por muchos años y sigue siendo mi *habitat* natural, es quizá el mejor ejemplo de este modelo; desde luego, es el que más me interesa. Pero antes de referirme a ciertos aspectos de nuestra UNAM, quisiera mencionar dos experiencias personales en otras universidades del Tercer Mundo, la Universidad de San Carlos, en Lima, Perú, y la Universidad de Buenos Aires, en la Argentina. He ido al Perú muchas veces y tengo ahí algunos de mis mejores amigos, todos ellos profesores universitarios. En una de mis visitas me tocó estar presente cuando el gobierno militar, que derrocó al presidente Belaúnde Terry, abolió los exámenes de admisión para ingresar a la universidad (que eran muy rigurosos) y permitió la inscripción ilimitada. Algo semejante ocurrió en la Universidad de Buenos Aires con el triunfo político de Perón: en lugar de 1 200 alumnos, rigurosamente seleccionados, ingresaron 17 000 "descamisados", vociferando la "justicia social". En ambos casos, la "popularización" de las universidades hubiera acabado con ellas, o sea con sendas instituciones dedicadas a sus tres clásicas funciones, la investigación, la docencia y la difusión de la cultura. Sin embargo, la realidad fue todavía más cruel: en lugar de desaparecer, las universidades de San Carlos, en el Perú, y de Buenos Aires, en la Argentina, se vieron obligadas a prostituirse, a transformarse en burdas y grotescas imitaciones de los signos menos representativos de ellas mismas, a convertirse en simples copias gesticuladoras de las verdaderas funciones universitarias. Muchos de los profesores e investigadores del más alto nivel fueron obligados a renunciar por razones ideológicas (lo que traicionó el principio universitario de universali-

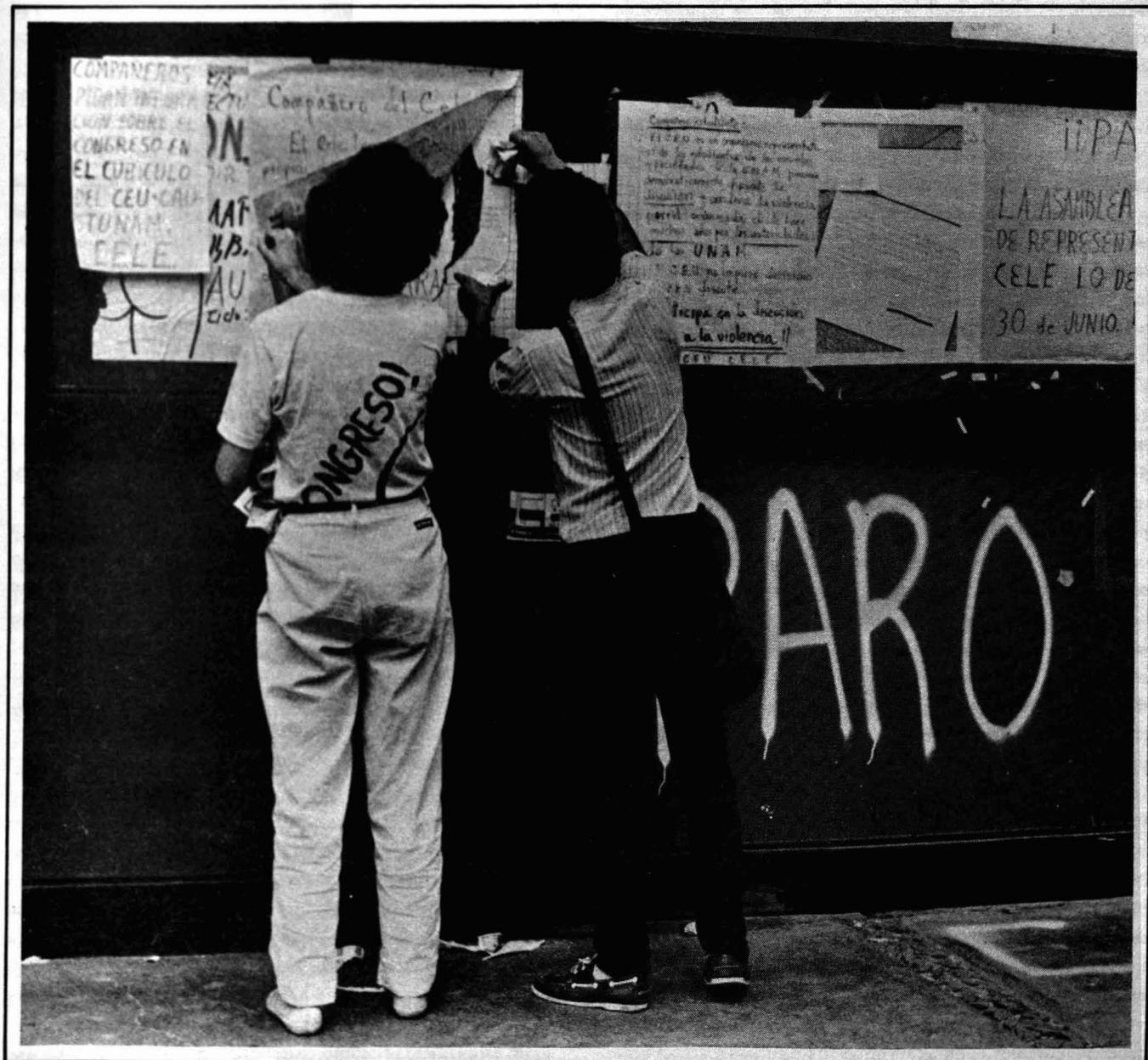
dad), otros fueron expulsados por conveniencia "académica" (los que eran tradicionalmente exigentes con los alumnos), mientras que los profesores "barcos" y los demagogos vieron sus mejores épocas.

He estado hablando en tiempo pasado, pero por desgracia la violación y la prostitución de la universidad no es cosa de la historia, ni tampoco es exclusiva del llamado Tercer Mundo. Uno de los primeros blancos en la mira de los sistemas políticos antidemocráticos (sean capitalistas, socialistas, militaristas, fanáticos religiosos o hasta acupunturistas) es la universidad. Toda institución que responda con honestidad y justicia a este nombre debe representar un obstáculo para la hegemonía de la autoridad ideológica, que es sinónimo de irracional e inhumana. Aquí se encuentra la frontera entre las tres funciones tradicionales y legales de la universidad (la investigación, la docencia y la difusión de la cultura) y todas las otras funciones que nuestra historia le ha conferido, y nuestra realidad social le ha refrendado, a la UNAM. Atención, compañeros, me refiero a las funciones *legítimamente* universi-

tarias, que en mi opinión son todas aquellas que en lugar de prostituirla, le dan más fuerzas y apoyo para continuar siendo una dama decente, que es lo que siempre ha querido ser.

IV

¿Cuáles son esas funciones universitarias no incluidas en el artículo 1 de la Ley Orgánica de la UNAM, esos quehaceres no contemplados en las leyes y/o constituciones de las universidades de otros países, las llamadas universidades primermundistas y segundomundistas? Me siento incapaz de hacer una o más generalizaciones justas, que incluyan a Costa Rica, Vietnam y el Tibet, junto con México. A la mejor es porque no existe tal unidad, el Tercer Mundo es realmente un gran cajón de sastre donde cabemos todos los países que no somos ni ricos y capitalistas, o ni ricos y socialistas; en otras palabras, que simplemente somos pobres y subdesarrollados. Pues bien, si México resulta estar solo dentro del gran cajón de sastre del llamado Tercer Mundo, tendrá que arreglar su



existencia actual y su futuro de acuerdo con sus propias reglas. Para nuestro tema, esto significa que tendremos que hacer para nuestro país un modelo mexicano adecuado de universidad para hoy y para el futuro inmediato. Ni Bologna, ni Cambridge, ni Lomonosov, ni Harvard, ni la UNAM en 1910, en 1929 o en 1945. Se trata de la UNAM de hoy y de mañana, de la nuestra y de la de nuestros hijos. El reto es genuinamente universitario, porque se refiere a asuntos medulares de nuestra cultura, ocurre en momentos políticamente agitados (pero esto se siente remoto, más bien como ruido de fondo) y se está intentando llevar a cabo con la participación de todos los universitarios interesados, que incidentalmente no son muchos.

La UNAM ha desempeñado en México, a partir de 1910, otras tres funciones fundamentales más, no reconocidas en su Ley Orgánica, pero no por eso menos importantes, que son: 1) mecanismo aceptado de la más amplia y justa movilidad social; 2) instrumento de análisis crítico (no pocas veces despiadado) de la estructura y valores de la sociedad que la contiene; y 3) tribuna libre y respetada de la germinación, desarrollo y triunfo final (o no) de la inmensa república de ideas, sueños, convicciones y milagros que constituyen la realidad del ciudadano mexicano promedio, ese habitante poco conspicuo pero multitudinario en las páginas de Muñoz, de López y Fuentes, de Rubén Romero, de Azuela y de Monsiváis. Con este tema quiero terminar mi participación en la mesa redonda sobre el modelo de universidad.

Con el rimbombante término de movilidad social no reclamo nada sofisticado. Me refiero al fenómeno experimentado en carne propia por muchos de nosotros (pero desde luego, muchos menos de los que estamos aquí hoy) que de orígenes inmediatos muy humildes se elevaron a posiciones de gran significado y brillo social. Mencionaré un solo ejemplo, el de un hombre cuya historia personal me tocó presenciar de cerca y que me distinguió con su amistad. Hablo de mi buen amigo el Dr. Tomás Velázquez, contemporáneo mío pero fallecido en 1977. Tomás provenía de la cuna urbana más humilde, nunca conoció a su padre y a duras penas terminaba la escuela primaria cuando se vio obligado a aprender un oficio: se hizo zapatero y con el tiempo puso su taller en Tepito. De alguna manera (seguramente la nocturna) hizo la secundaria y se inscribió en la preparatoria; en esa época combinaba su oficio de zapatero (que ejercía los fines de semana, los días de asueto y las vacaciones) con el de mozo del anfiteatro de autopsias del recientemente inaugurado Instituto Nacional de Cardiología, que fue cuando lo conocí, en enero de 1946. Todavía terminó la Prepa y se inscribió en la entonces Escuela Nacional de Medicina de nuestra UNAM. Como ya tenía varios hijos pequeños, aprendió taquigrafía y se hizo secretario de las sesiones anatomoclínicas del mismo Instituto donde era mozo de autopsias, para ganar unos cuantos pesos más. La historia de Tomás es una épica del mexicano que aún no ha sido escrita, pero que no es de ninguna manera excepcional. Como este no es el sitio para hacerlo, mostraré rápidamente sólo dos instantáneas más: venciendo no uno sino muchos problemas y agobios personales invencibles, Tomás terminó sus estudios y se hizo mé-

dico; para entonces, ya era al mismo tiempo especialista en anatomía patológica, o sea en el diagnóstico morfológico de las enfermedades. Esta fue la época en que dejó Tepito para siempre: se mudó con toda su familia a una casa más amplia, donde también vivían dos de sus buenos amigos. Poco tiempo después le llegó la oportunidad de irse a la recientemente creada Escuela de Medicina de la Universidad de San Luis Potosí, como profesor de anatomía patológica. Tomás aceptó la invitación y se fue a provincia, en donde en una docena de años y trabajando febrilmente, logró establecer a San Luis Potosí como la segunda capital de la especialidad en el país. El resto de su historia no es relevante para el punto, que es la movilidad social patrocinada por nuestra Universidad, pero es de enorme importancia para los que sostienen que el elitismo favorece a un sector privilegiado de la sociedad, en detrimento de las clases económica y culturalmente más débiles. Cuando escucho este argumento, me acuerdo de mi buen amigo Tomás, zapatero de Tepito, mozo de un anfiteatro de autopsias, que nunca pasó periodos prolongados en el extranjero, pero que a fuerza de voluntad y de trabajo (y de enorme vergüenza y calidad humana) se transformó en uno de los profesores y especialistas médicos más importantes de nuestro tiempo.

He hablado de Tomás Velázquez como ejemplo de la función universitaria caracterizada como movilidad social. Ahora quiero referirme, de manera mucho más breve, a las otras dos funciones universitarias (adicionales a las tres clásicas mencionadas en nuestra Ley Orgánica) señaladas arriba: la de crítica de la sociedad y la de tribuna libre de todas las ideas. Respecto a la primera, opino que una universidad que no permita el análisis riguroso y exhaustivo de todas las facetas de la sociedad a la que pertenece, así como su expresión más libre, no está cumpliendo con una de sus funciones más importantes. En los países verdaderamente libres (aquí el Tercer Mundo, irónicamente, parece llevarle la delantera al Primero, esclavo del capital, y al Segundo, esclavo de la ideología) la Universidad debe aceptar y desempeñar el irrenunciable papel de ser la conciencia de la sociedad, su ángel de la guardia, su Pepe Grillo, que se caracterizan por no ser esclavos de nadie. Finalmente, en relación con la Universidad como tribuna verdaderamente libre de todas las ideas, casi creo que es su función más importante, en vista de que si no la cumple de a veras en forma ejemplar, no puede desarrollar ninguna de las otras. A este respecto, tomen nota Rectoría, CEU (de todos colores), CAU, FAU, FIU, PRT, PMT, PRS, PCM, PRI, PARM, PUP, PIP, POP, STUNAM, APAUNAMs y el señor Fidel Velázquez.

(Como señalé al principio, este texto no fue leído en la mesa redonda sobre un Modelo de Universidad. En vista de su extensión y de su contenido, creo que fue una decisión adecuada; es claro que no incluyo un modelo específico de lo que debería ser nuestra UNAM, que pudiera servir como guía del Congreso Universitario. No podía ser de otra manera, porque —honestamente— yo no sé con precisión cómo debería ser la UNAM; lo que sí sé muy bien, y he intentado señalarlo en estas líneas, es cómo no debería ser la UNAM. Vale.) ◊